



www.loqueleo.com/es

© 2003, Fernando Lalana y José María Almárcegui

© De esta edición:

2019, Santillana Infantil y Juvenil, S. L.

Avenida de los Artesanos, 6. 28760 Tres Cantos (Madrid)

Teléfono: 91 744 90 60

ISBN: 978-84-9122-055-8

Depósito legal: M-37.933-2015

Printed in Spain - Impreso en España

Tercera edición: junio de 2019

Más de 15 ediciones publicadas en Santillana

Directora de la colección:

Maite Malagón

Editora ejecutiva:

Yolanda Caja

Dirección de arte:

José Crespo y Rosa Marín

Proyecto gráfico:

Marisol del Burgo, Rubén Chumillas, Rosa Marín, Julia Ortega
y Álvaro Recuenco

Cualquier forma de reproducción, distribución,
comunicación pública o transformación de esta obra
solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares,
salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO
(Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org)
si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

LOS HIJOS del
TRUENO

F. LALANA & J. M. ALMÁRCEGUI

loqueleq

*Petit papier,
T'as la chance
Te donner t'essence
Et tu ne vaux rien.*

SERGE GAINSBORG
Papier Charbon

*Papelito,
es tu destino
entregarte por completo
aunque nada valgas.*

SERGE GAINSBORG
Papel Carbón

Introito

En 2002, el Gobierno de la nación, tras comprobar cómo las sucesivas reformas educativas no producían los resultados apetecidos y las tasas de fracaso escolar seguían siendo incomprensiblemente elevadas pese a la continua implantación del examen de Estado, la reválida de Enseñanzas Medias, la reválida de Enseñanzas Elementales, la reválida de Enseñanzas Preescolares, la separación de itinerarios a los seis años, a los ocho, a los doce, a los catorce y a los diecisiete y la creación de centros especiales para zurdos, bizzcos y tartamudos, decidió, por Real Decreto-Ley 22/2002 de 22 de agosto, siguiendo las últimas tendencias didácticas que establecían en veintidós el número óptimo de alumnos por aula, instaurar en nuestro sistema educativo la llamada ratio áurea y la creación de los institutos remanentes.

Según esta disposición legal, pronto conocida como «Decreto del vintidós», el número de aulas de cada instituto vendría marcado por el cociente resultante de dividir el total de alumnos matriculados en cada nivel por veintidós. El resto de esa división debía ser considerado

alumnado residual, por lo que, quienes fueran incluidos en dicha categoría, deberían abandonar los institutos regulares y pasar a matricularse, obligatoriamente, en los llamados institutos remanentes.

Esta es la historia —la verdadera, emocionante y singular historia— de los hombres, mujeres, chicos y chicas del Instituto Remanente de Enseñanzas Medias N.º 1, «Capitán Trueno».

Primera parte

Remanente N.º 1

Román Lopesánchez

Si una botella de vino cuesta 10 pesetas y el vino cuesta 9 pesetas más que el envase, ¿cuánto cuestan el vino y el envase por separado?

11

—Lopesánchez, al encerado.

Román Lopesánchez se levantó del asiento tras resoplar como un cachalote en celo. Avanzó hacia la pizarra con pasos tan cadenciosos que parecía moverse a cámara lenta. Confiaba así en ganar algo de tiempo y entrever una solución al problema. Por desgracia, su mente también funcionaba a cámara lenta. Como siempre.

Cogió la tiza. Un trozo largo. Lo partió en dos. Y uno de ellos, en otros dos. Eligió uno y lo apoyó en la verde superficie del encerado, como llamaba el antiguo de don Matías a la pizarra. Y allí se quedó, con el campo visual teñido de verde, durante un interminable minuto.

—¿Y bien? —preguntó por fin el profesor, ya nervioso.

—Pues... el vino cuesta una peseta y el envase, nueve —dijo Román, a ver si sonaba la flauta.

Don Matías carraspeó significativamente.

—Vamos a ver... Para empezar, lee bien el enunciado. El vino cuesta nueve pesetas ¡más! que el envase.

—Ah. Ah, ya. Entonces... el vino cuesta nueve y el envase, una.

—No. En ese caso, el vino costaría ocho pesetas más que el envase. Y cuesta nueve pesetas más. Nueve.

—Ah. Ah, ya... Entonces... el vino cuesta diez pesetas y el envase, una.

12 —No, hombre. Diez y una son once. ¡Lee el enunciado! «Una botella de vino cuesta diez pesetas...». Diez, no once.

—Ah. Ah, ya... Entonces... Entonces... no lo sé.

Se oyeron ya las primeras risitas entre los compañeros de Román. Don Matías insistió.

—Vamos, Lopesánchez. Es el más sencillo de los problemas de álgebra.

Álgebra. Qué pena de palabra. Con lo bonita que es y lo eufónica que resulta; y hay que ver el tenebroso mundo que se oculta detrás de esas tres sílabas: ál-ge-bra.

—Piensa: ¿qué es equis?

—Equis es una letra...

Las risas se convirtieron en una carcajada.

—No, hombre —dijo don Matías, sin poder evitar una ligera sonrisa—. Me refiero a... ¿A qué llamamos equis dentro del problema?

—No lo sé.

—Equis es la incógnita. O sea, que equis es...

—¡Que no lo sé!

—Exacto. Muy bien. La incógnita es lo que no sabes.

—¡Encima, no me tome el pelo!

—Haz un esfuerzo.

—¡No quiero! —gritó Román, arrojando la tiza al suelo—. ¿Es que aún no se ha dado cuenta de que soy tonto? ¡No me sirve de nada esforzarme! ¡No sé cuánto vale un litro de vino! ¡No sé cuánto vale el envase! ¡No sé qué es equis, ni la incógnita ni me importa medio bledo! ¡Déjeme en paz!

Parecía furioso pero, en realidad, estaba a punto de echarse a llorar, así que cruzó la clase a toda prisa entre las dos filas centrales de mesas y se dirigió a la puerta. Cuando estaba a punto de abandonar el aula, escuchó a Martín Feliú, siempre sentado en la última fila, en la mesa del rincón, para ser el primero en salir en cuanto sonase el timbre:

—Pues ya lo sabíamos. Este es tonto por partida doble: por parte de padre y por parte de madre.

Román, oído aquello, salió del aula y cerró la puerta tras de sí. Una vez en el pasillo, procesó la información. Entonces, abrió la puerta de nuevo, agarró a Feliú por el cuello y lo arrastró pasillo adelante hasta los lavabos.

Cuando don Matías consiguió la ayuda de don Luis, el profesor de guardia, y ambos entraron en los servicios, se encontraron a Martín Feliú con la cabeza metida en la taza de uno de los retretes y a Román, sentado encima, llorando a moco tendido.

Pese a que don Matías habló en su favor y el incidente con Martín Feliú se saldó con un simple apercebimiento

de expulsión, lo cierto es que, desde aquel día, las cosas se torcieron en el instituto para Román Lopesánchez. Pasó de ir a trancas y barrancas a no conocer otra cosa que suspensos y exámenes de recuperación. Perdió por completo la confianza en sí mismo y se ganó la indiferencia, cuando no el desprecio, de la mayoría de sus compañeros.

Y lo peor, a él le importaba medio bledo.

Solo su madre se puso de su lado y decidió tomar cartas en el asunto.

14 Román necesitaba un profesor particular y, puesto que no tenían dinero para pagar uno, asumió ella ese papel.

No fue fácil. Aunque se esforzaba, le faltaban conocimientos y tiempo para ponerse al día. Por el contrario, le sobraba entusiasmo para animar a su hijo. Román, sin embargo, no parecía demasiado receptivo a ese entusiasmo.

—No te molestes, mamá. Hay cosas que no me caben en la cabeza. Y ya está. No le des más vueltas. Tienes un hijo tonto. Hazte a la idea.

Lo decía a menudo. Y una tarde, doña Laura se cansó de escuchar la cantinela.

—No vuelvas a repetir eso —le dijo, muy seria—. No vuelvas a repetirlo. ¿Está claro? A tu padre no le habría gustado nada oírlo.

El padre de Román había sido camionero. Murió en un accidente de circulación. O algo parecido. Conducía un «dieciocho ruedas» cargado con seis toros de Torrestrella para la plaza de Pozoblanco cuando en una de las curvas

del puerto de Despeñaperros, en la Nacional IV, se salió de la carretera. Volcó el camión, se escaparon los morlacos y él, tratando de meterlos de nuevo en el cajón recordando sus tiempos de novillero, fue corneado por un zaino de nombre Portuguesito que lo dejó seco allí mismo. La compañía de seguros consideró que el deceso no se había producido con ocasión del accidente de tráfico sino más bien por la innecesaria chulería torera del ociso y negó toda indemnización, dejando a Román y a su madre en situación harto precaria.

15

—Pues es cierto, mamá —insistió Román, con la terquedad propia de quienes carecen de otros argumentos—. Te guste o no, la mollera no me da más de sí.

—De eso, nada —replicó una tajante doña Laura—. Decía Ramón y Cajal que el cerebro es como un músculo y que, como los músculos, si se ejercita, engorda.

—Sí, hombre. Ya, lo que me faltaba, que me crezca la cabeza. Acabaré como los gambones: siendo todo desperdicio.

—Tú sabes lo que quiero decir. Que hay que esforzarse, trabajar, pensar, hacer funcionar la materia gris. Así, cada vez resulta más fácil y nos vamos convirtiendo en personas mejores. Lo decía Cajal.

—¿Y ese quién es?

—Era, porque ya murió. ¡El mayor sabio que ha dado España!

—¿Y tú dónde lees esas cosas tan raras, mamá?

—No lo he leído. Lo he escuchado por la radio.

Había que ver las cosas tan curiosas que oía doña Laura por la radio.

16

Sea por lo que fuere, por no desairar a su madre, por no discutir con ella, por verla tan animosa cada día, por no traer a la memoria de ambos el recuerdo de su padre o por alguna otra misteriosa razón, Román se fue acostumbrando a no rendirse, a dedicar a cada tarea el tiempo necesario, a insistir hasta dar con la solución. Podía pasar media hora con uno de los problemas de don Matías, que la mayoría de sus compañeros solucionaban en diez minutos, pero, finalmente, lo resolvía. Y aunque en los exámenes siempre le faltaba tiempo y eso lo mantenía nadando en las turbias aguas que separan el suspenso del aprobado, su consuelo era que algunos otros, sin duda más listos que él, como Martín Feliú, se habían hundido irremisiblemente, por culpa del álgebra, en las procelosas profundidades del cero perpetuo.

Una tarde, doña Laura apareció en casa con un cuaderno de ejercicios de álgebra elemental.

—Me lo ha dado don Matías. Dice que si resuelves todos estos ejercicios, serás capaz de aprobar el examen de fin de curso sin problemas.

Román lo ojeó distraídamente, con un punto de escepticismo en la mirada. Los problemas eran de lo más pintoresco: trenes que partían simultáneamente de ciudades distintas para ir a chocar en un punto intermedio. Bañeras que se llenaban de agua mediante varios grifos y, al tiempo, se vaciaban a través de desagües de distinto calibre. Familias numerosas que decidían repartirse una

tarta de cumpleaños en trozos proporcionales a los años vividos por cada uno de ellos. Y otros muchos enigmas donde la aplicación de las matemáticas a la vida cotidiana aparecía perfectamente reflejada.

Y, de pronto, lo vio.

Problema número 7: «Si una botella de vino cuesta 10 pesetas y el envase...».

A Román le vinieron al tiempo un recuerdo y un sofoco. Sin decir palabra, se sentó ante la mesa y sacó papel y lápiz. Leyó el enunciado seis veces seguidas. Y luego pensó: «Vamos allá».

—Equis —dijo, entonces, en voz alta—. Equis es lo que no sé. La incógnita. Equis es lo que cuesta la botella. Zeta. Zeta es lo que tampoco sé. Otra incógnita. Zeta es lo que cuesta el vino. Bueno... Equis más zeta es igual a diez porque el vino y la botella valen diez pelas. Zeta es igual a equis más nueve, porque el vino cuesta nueve pelas más que la botella. Sustituyendo en la primera ecuación, tenemos que equis más equis más nueve es igual a diez. O sea: dos equis más nueve es igual a diez. Operando. Dos equis es igual a diez menos nueve. Operando. Dos equis es igual a uno. Operando. Equis es igual a uno partido por dos. Resolviendo: equis es igual a un medio. O sea, a cero coma cinco. Zeta es equis más nueve. Sustituyendo. Zeta es cero coma cinco más nueve. Resolviendo: zeta es igual a nueve coma cinco. Solución: el vino vale nueve pesetas y media. El envase vale media peseta.

Doña Laura se había aproximado por detrás a su hijo. Tras rodear la solución al problema con un círculo,

Román se volvió hacia ella, un tanto perplejo. Casi asustado de su propia capacidad.

—¡Mamá! Creo..., creo que lo he conseguido.

Esta vez la que lloró, de emoción, fue doña Laura.

16 de septiembre de 2002

18

El primer día del nuevo curso, Román no tuvo problemas para levantarse mucho más temprano de lo habitual. Los nervios le habían abierto los ojos a las siete de la mañana, y a las siete y cuarto ya estaba desayunando sus habituales doce magdalenas con colacao.

Su madre no se sintió capaz de desayunar tan temprano pero se levantó con él y lo miró comer con apetito desde el otro lado de la mesa.

—Pues yo creo que el cambio de instituto será para bien —le dijo, mientras Román se zampaba la novena magdalena—. En el Cantinflas te estaban haciendo la vida imposible. A ti lo que te pasa es que no te quejas nunca; pero una madre, si es madre, lo nota. Lo siento por don Matías, que se veía que te apreciaba y trataba siempre de ayudarte. Pero, por los demás..., del director al bedel y del primero al último de tus compañeros..., que les den morcilla a todos. Mejor así. Seguro. Ahora se te presenta una nueva oportunidad. Es como una etapa nueva en tu vida. Y será para bien. Ya lo verás, hijo.

—Sí, mami —dijo Román, fingiendo una sonrisa.

Pero ambos sabían lo que aquel cambio significaba en realidad. Román no iba a otro instituto cualquiera. Lo mandaban a un remanente. Uno de esos nuevos centros para alumnos residuales.

Eudaldo

Quince días antes, una infausta mañana, había llegado Eudaldo, el cartero, voceando su labor por la escalera, como desgraciadamente tenía por costumbre.

19

—¡Señora viuda de Lopesáncheez! ¡Carta certificada para doña Laura Vitruvio, viuda de Lopesáncheez!

Con Eudaldo, el secreto postal, reconocido por la Constitución y amparado incluso por sentencias del Tribunal Supremo, resultaba burlado a diario. Al insólito cartero le encantaba que toda la vecindad estuviese al tanto de los certificados que repartía. Especialmente, cuando procedían del Ministerio de Hacienda. Lo que, por cierto, no era el caso.

—¡Comunicación urgente de la Gerencia Nacional de Enseñanzas Intelectualees...! —voceó esa mañana, con la potencia de un vendedor de mantas de Béjar.

—Ya lo veo, ya —dijo doña Laura, cogiendo el sobre—. No hace falta que lo pregone a los cuatro vientos, cartero.

—¡... con acuse de reciboooo! —gritó Eudaldo, imperterritito, regodeándose en el eco que le devolvía el fondo del hueco de la escalera.

—¡Que sí, hombre, que sí! A ver: ¿dónde tengo que firmar?

—¡Aquí, en el libro oficial! ¡Fecha, firma y niiiiiiif...!

—Venga. Pues ya está. ¿Contento?

—¡La letra, señoraaa! ¡Que se le olvida la letra del niiiiiiif...!

—¡Póngala usted! ¡Es la efe!

—¡Uuuna efe por aquííí! ¡Vamos con el siguienteeel
¡Don Gervasio Resolí, tercero be, certificado de Goberna-
cióón! ¡Multita de tráfico al cantooo! ¡Por correr más de
la cuentaaa! ¡Don Gervasiooo! ¡No se esconda, nooo!

20

Doña Laura tardó un buen rato en abrir el sobre. No le gustaba ni un pelo el aspecto que tenía, tan amarillento, tan flojo, tan oficial, con su desasosegante membrete de la Gerencia Nacional en la esquina superior izquierda.

Antes de abrirlo, ya sabía que el condenado sobre no contenía nada bueno. Una de sus convicciones personales era la de que la correspondencia oficial jamás es vehículo de buenas noticias.

Por fin, muy lentamente, la madre de Román fue hasta la cocina, sacó del cajón de los cubiertos un cuchillo romo y lo utilizó como abrecartas. Extrajo el papel oficial, con su sello de salida en la parte superior. Y leyó.

Muy Sr/a. nuestro/a:

A través del/de la presente/a tenemos a bien comunicarle/la/lo que el Consejo de Dirección del IEM Mario Moreno Cantinflas, atendiendo al expediente académico/ca de su hijo/ja Román/ja y a otros factores varios, ha tomado la decisión de proponer a esta Subdelegación Bi-

comarcal, que Román Lopesánchez Vitruvio prosiga sus estudios de Enseñanzas Medias Indispensables a partir del próximo curso/sa en el Instituto Remanente de Enseñanzas Medias N.º 1, sito/a/iado provisionalmente en la calle Pirómanos, 24, de esta capital.

Contra esta resolución/chin/pón gerencial, puede usted interponer recurso de alzada, sin la menor esperanza, ante la Subdivisión Suprarregional del Negociado/a de Entuertos Educativos, en el plazo de quince minutos/tas desde el momento de su recepción.

21

Fdo. el Subdelegado Bicomarcal
(ilegible)

Doña Laura no interpuso nada.

—Total, ¿pa qué? —se dijo, castizamente.

Le costó asimilarlo, esa es la verdad.

Enviaban a Román a uno de esos nuevos institutos para tontos de los que hablaba la prensa. Y eso a pesar de que, finalmente, solo había suspendido dos asignaturas y pasaba de curso con todas las de la ley. Le pareció injusto. Sintió que todos sus esfuerzos y los de su hijo a lo largo de los meses pasados no habían servido para nada.

—Adiós, Román. ¿Lo llevas todo?

—Creo que sí, mamá.

—Suerte, hijo. Feliz primer día de curso.

Valentín Primicia

22 *¿Cuánto valen ciento diecinueve sardinas y media, a un duro y medio cada sardina y media?*

Todos los alumnos se lanzaron a hacer cuentas en sus blocs de borrador. Todos, excepto Valentín Primicia que, tan serio como siempre, levantó la mano de inmediato.

—¿Ya tienes la solución, Primicia?

—Sí, don Federico.

—No te he visto realizar ni una sola operación.

—Lo he hecho de memoria.

—A ver, portento...

—Tres con cincuenta y nueve.

—¡Incorrecto! —exclamó don Federico Martín, alias El Bahamontes, tras mirar de reojo el solucionario del profesor—. ¡Totalmente incorrecto!

—Pero...

—¡A callar! Tu oportunidad ha pasado, Primicia. Por precipitarte lo has hecho mal. Ahora te toca esperar. ¡Inútil!

Y esperó. Esperaron todos más de cinco minutos, hasta que Guillermo Timoner alzó la mano.

—A ver, Timoner.

—Creo que son... ciento diecinueve duros y medio.

—¡Perfecto! Esa sí es un respuesta como Dios manda. ¿Se ha enterado, Primicia? Era muy fácil, porque tenía un pequeño truco del que había que percatarse: si cada sardina y media vale un duro y medio, cada sardina vale un duro. Ciento diecinueve sardinas y media valen ciento diecinueve duros y medio.

—Pues claro.

—¿Cómo que claro? Pero tú has dicho tres..., tres y pico.

—He dicho tres con cincuenta y nueve... euros —aclaró Valentín.

—¿Qué...? ¿Cómo?

—Como el euro es la moneda oficial en nuestro país desde el pasado primero de enero, he pensado que la respuesta debía darse en euros. El duro, realmente, nunca ha sido moneda oficial en España. Aunque se usó durante décadas como unidad de cuenta en las transacciones bursátiles, no parece aplicable a este ejemplo. Así pues: ¿qué sentido tiene dar una respuesta en duros? Hoy por hoy, en nuestro país, ninguna.

El Bahamontes se había quedado ligeramente anodado por las explicaciones de Valentín; pero, sobre todo, tras realizar la conversión con su calculadora de bolsillo y comprobar que el dato aportado como solución era correcto. Estaba más que harto de que aquel gafotas de

pelo engominado lo pusiese en ridículo un día sí y otro, también.

—Pues... Pues muy mal pensado, Primicia. Si el enunciado viene expresado en duros, la respuesta hay que darla en duros. ¡A ver si pensamos menos y..., y..., y discurrimos más! ¡Que me sacas de quicio!

Eli

24

Elisenda, la hermana de Valentín, también se desquiciaba con él, de vez en cuando.

—Vamos, Eli, sal de una vez. ¡Que llevas una hora en el baño!

—¡Hala, una hora! ¡Exagerado!

—Sesenta y dos minutos, para ser exacto. Yo no exagero nunca.

—Es que tenía que lavarme el pelo.

—Se te va a pudrir, como te lo laves tanto.

Por fin salió Elisenda, envuelta en una toalla y con otra en la cabeza. Se dirigió a su cuarto, a por la crema suavizante y un cepillo. Cuando regresó, se encontró a su hermano fregando el suelo en torno a la bañera.

—¿Ya estás otra vez, Valentín? ¡Te he dicho mil veces que no me gusta que friegues el suelo!

—¿Y qué quieres que haga, si lo dejas todo hecho un asco? ¿No querrás que entre pisando charcos? Y echas tanta agua fuera de la bañera que el vecino va a tener filtraciones y nos va a demandar. ¿Se puede saber qué haces con la cortina?

—¡Virgencica, qué cruz! —gimió Elisenda—. Cuando cuento en clase que a mi hermano pequeño le gusta pasar el mocho, me toman por idiota.

—Es curioso —ironizó Valentín— cómo un simple cubo y una fregona pueden dejar la cruda verdad al descubierto.

—¡A que te doy! ¡A que te doy en las narices!

—Lo que tenías que hacer es arreglar un poco tu habitación, que parece una leonera.

Elisenda se llevó las manos a la cabeza.

—¡Ya está! ¡Ya tenemos aquí otra vez a don Valentín Reproches! ¡A ti qué más te da que mi cuarto esté desordenado? ¡A ver! Además, que en esta casa todos somos desordenados. Bueno, todos menos tú, que no sé de dónde has salido, tan puesto y tan redicho, ¡jelines! ¡Que pareces un dependiente de El Corte Inglés! ¡Seguro que eres adoptado!

Valentín se volvió hacia su hermana con la mirada húmeda y furiosa, escurrió la fregona en el cubo, y luego corrió a encerrarse en su cuarto conteniendo un par de hipidos.

Elisenda tardó menos de cinco minutos en llamar a su puerta. Eso era lo malo de tener por hermano a alguien como Valentín. Resultaba muy fácil hacerle daño, pero enseguida se sentía fatal consigo misma y tenía que correr a pedirle perdón.

—Hermanito..., va, lo siento. Pues claro que no eres adoptado, hombre. ¿Quién iba a adoptar a alguien como tú? Quiero decir... que si nuestros padres hubiesen decidido

adoptar un hijo, seguro que habrían escogido a alguien más..., más parecido a nosotros. Además, yo estuve en la clínica el día en que naciste. Me acuerdo perfectamente porque la abuela Gloria me metió de extranjis, a pesar de que no dejaban pasar a los niños a la planta de maternidad. Eras un bebé precioso. Yo me quedé boniata al verte allí, en la cunita.

Valentín abrió el cerrojo de su puerta y dejó entrar a Elisenda. El cuarto de Valentín parecía un *stand* de la Feria del Mueble de Valencia. Todo estaba impecable, ordenado, limpio, sin un arañazo. Dormitorio cadete a estrenar, páguelo en veinticuatro mensualidades sin intereses.

—¿Cómo vas a quedarte boniata, Eli? Te quedarías atónita o... embelesada. ¡Boniata no es nada!

—Pues te aseguro que yo me quedé boniata al verte, tan mofletudo y tan colorado, mirándolo todo con tus ojillos redondos, redondos, que ya parecía que estuviesen pidiendo unas gafas —dijo Elisenda, revolviéndole el pelo a su hermano—. Por cierto, ¿cuándo vas a colgar en mi cuarto el espejo nuevo?

Valentín apretó las mandíbulas.

—Se dice «por cierto» cuando lo que vas a decir tiene algo que ver con lo que se acaba de comentar. Si no tiene nada que ver se dice «cambiando de tema». Colgaré tu espejo mañana por la tarde.

—Pues, cambiando de tema: ¿no puedes hacerlo ahora? Es que tengo unas ganas de verme de cuerpo entero...

—No, Eli. No puedo. Antes, tengo que comprar una broca de widia del nueve, para el taladro. Ese espejo pesa

demasiado y no me fío de poner tornillos más pequeños. De todas formas, no sé a qué viene tanta prisa, porque el armario de Ikea que te monté hace dos semanas aún lo tienes vacío.

—Es que me resulta difícil elegir la ropa si la tengo dentro del armario. Prefiero tenerla a la vista.

—Ya. Tirada por el suelo.

—¿Por qué no? Bueno, mañana sin falta me colgarás ese espejo, ¿verdad, príncipe del *blackandecker*?

—Que sí, pelma. Pero me tienes que dejar la cinta de *Memorias de África*.

—¿Otra vez? ¡Si la has visto ya seis veces!

—Siete. Es que me chifla. ¡Ah! Y *Los puentes de Madison*. ¡Qué bonita!

27

Instituto Ricardo Zamora

En el Instituto Ricardo Zamora tenían merecida fama de brutos. El Zamora era conocido en la ciudad por los abrumadores éxitos deportivos de sus alumnos, de tal manera que el consejo escolar había decidido hacer del chándal el uniforme oficial del centro, lo que daba al instituto el aspecto de un gran cuartel. El vestíbulo y los pasillos se habían quedado pequeños para albergar en sus vitrinas una colección de trofeos que nada tenía que envidiar a la del Real Madrid. Sus profesores compartían al cien por cien el espíritu del centro, rezumando vitalidad, competitividad, deportividad y sudor. También ellos iban

al trabajo diario luciendo vistosos chándales de colores. Excepto don Raimundo, el profesor de Educación Física, que lo hacía de traje oscuro y corbata, como los entrenadores de la NBA, a los que tanto admiraba.

En cuanto entró en vigor el «Decreto del vintidós», el director convocó reunión urgente del equipo de dirección, cuyos miembros acudieron de inmediato al instituto, a paso de *footing*. Tras unos ejercicios de relajación y ante sendas latas de bebida isotónica, comenzaron la deliberación en la sala de profesores.

28

—Hay que echar a nueve —anunció don Fermín.

—¿Podemos deshacernos de los que queramos o tenemos que ceñirnos al expediente académico? —preguntó don Cástulo, el secretario.

—Libertad absoluta —declaró el director—. Es lo que dice el decreto.

—¡Bien por el decreto! —exclamó El Bahamontes, con tono inmisericorde—. En ese caso, creo que no hemos de tener ninguna duda sobre quién es el primero que debe abandonar nuestro prestigioso centro.

Los docentes cruzaron entre sí un ramillete de miradas, empañadas de incómoda culpabilidad. Algunos las enterraron cobardemente en los papeles que habían extendido sobre la mesa.

—Supongo que te refieres a...

—Supones bien, director —cortó don Federico, destempladamente—. Me refiero... al mariquita.

Se escucharon algunos carraspeos en la sala, que don Fermín trató de traducir de inmediato.

—Pero hombre, Federo, no seas bruto.

—¡Ah! ¿Ahora es bruto el que llama a las cosas por su nombre? Primicia no solo es un inútil deportivo, lo que en nuestro glorioso instituto resulta inaceptable y ofensivo, sino que sé, de buena tinta, que en su casa friega los platos. ¡Y pasa la fregona!

—Pero es hermano de Elisenda, la capitana del equipo de gimnasia rítmica —recordó don Cástulo.

—¡Toma, claro! De no ser por eso, aquí no le habríamos dejado matricularse en vida de gatos. Pero ha llegado el momento de poner las cosas en su sitio.

—Se trata de un alumno muy brillante. Y sus notas elevan sensiblemente nuestra media.

—¿Y para qué queremos elevar nuestra media? —se preguntó don Federico, puesto en pie—. Todos los años tenemos más solicitudes que plazas. Los grandes deportistas de nuestra ciudad pierden el culo por traer a estudiar aquí a sus hijos. Todo el mundo sabe que los ojeadores de los principales clubes y federaciones tienen en el Ricardo Zamora una de sus canteras favoritas. Mientras eso no nos falle, podemos estar tranquilos.

—Quizá no sea bueno en deportes, pero hay que reconocer que Primicia es un auténtico manitas. El año pasado arregló él solito la máquina de los abdominales que hay en el gimnasio. La dejó como nueva. Suave, ajustadita...

—¡Naturalmente! —canturreó don Federico Martín, agitando las manos—. Resulta que al muchachito le chifla el bricolaje. ¡Otra mariconada! ¿Dónde se ha visto un

futbolista de élite que sepa cortar a remache o colocar ingletes, eh?

—Querrás decir: cortar a inglete o colocar remaches
—le corrigió don Cástulo.

—¿Qué pasa, Cástulo? ¿Que a ti también te gusta... pasar la lijadora?

—¡No! No, no. A mí, nada. Nada de nada.

—¡Pues eso! Venga, que ya hemos perdido demasiado tiempo con esto. Los que voten por echar al bragazas de Primicia, que levanten la mano.

30

De los ocho presentes, cinco alzaron la mano. Los otros tres, incluido el director, se abstuvieron.

16 de septiembre de 2002

—¿Lo llevas todo, hijo?

—Sí, papá.

—¿Ya sabes dónde está tu nuevo instituto?

—Claro, papá. Lo he mirado en un plano de la ciudad que guardabas en la nevera. Debía de ser un plano antiguo porque allí aparecía como un parque de bomberos. Pero no hay ninguna duda: calle de los Pirómanos, 24. Si cojo el autobús y me bajo en la plaza de España, estoy a dos pasos.

—¿Seguro que no quieres que te lleve?

—¡Papá, por favor! Que voy a empezar tercero de Medias. ¡Tercero! ¡Casi quince tacos, papá!

—Bueno, bueno. Y... ¿no han trasladado a ese instituto nuevo a ninguno de tus amigos?

Valentín estuvo a punto de meter la pata. ¿Amigos? ¿Qué amigos?

—Pues... no. A ninguno. Pero no importa —dijo, alegremente—. Seguro que este curso hago otros nuevos.

—Seguro que sí. Hasta la tarde, Valentín.

—Adiós, papá.

Al llegar a la calle, Valentín inspiró profundamente, llenando sus pulmones con el aire fresco de la mañana. Andaba sobrado de tiempo. Los nervios del primer día lo habían despertado tempranísimo y podía darse el lujo, incluso, de ir andando hasta el instituto.

31

Mientras caminaba por la acera tirando de su mochila de ruedas recién engrasadas, Valentín se dio cuenta de que estaba sonriendo. ¡Sonriendo un primer día de curso! ¡Increíble! No era para menos. Inesperadamente, una comunicación de la Gerencia Nacional recibida dos semanas antes le había librado de continuar en el Ricardo Zamora, donde había pasado los dos peores años de su corta vida. Ya no tendría que soportar a sus atléticos compañeros, carentes de todo sentido del humor; ni a sus gimnásticos profesores, que todo lo hacían a golpe de pito. Había dejado atrás el repulsivo olor a sudor y linimento que impregnaba las paredes del edificio de la Avenida de las Olimpiadas. Para siempre.

—¡Bien!

Se sentía feliz, y la felicidad le empañó de repente los cristales de las gafas, y tuvo que detenerse para limpiárselas con un clínex. Exactamente lo mismo que le ocurría cada vez que veía *Bambi* o releía *El principito*.